



MARTA HARNECKER: HACER POSIBLE LO IMPOSIBLE

Daniel Rodríguez

El nuevo libro de Marta Harnecker, *La izquierda en el umbral del siglo XXI*, nace de un trabajo previo sobre las experiencias políticas y movimientos sociales en América Latina. Posteriormente, y a raíz de unas charlas en la Universidad de Brasilia, decidió transformar esas notas en un libro con unos objetivos claros: recuperar el pasado, ayudar a construir algo nuevo pero partiendo de lo existente, no olvidar las tradiciones de lucha. Memoria popular, en suma, que hoy la derecha está empeñada en destruir. El libro está pensado para todos aquellos que quieren transformar la realidad y supone, como es habitual en la autora, un esfuerzo de pedagogía popular, de síntesis de información para que el lector se sitúe frente a la realidad y el qué hacer y, reconociendo la actual crisis por la que atraviesa la izquierda, estimular una acción política que *haga posible lo imposible*.

En la primera parte, *Los hitos que marcan a la izquierda*, la autora expone cuál es la herencia con la que llega hoy la izquierda a plantearse la lucha política en América Latina. Y esto es así porque, para ella, el sujeto político hoy, en dicha zona, está marcado por una serie de acontecimientos que lo han hecho madurar y reflexionar.

El punto de partida para Marta Harnecker es el triunfo de la revolución cubana y el contexto mundial donde se produce. Un contexto dominado por el avance del campo socialista que logra una eficacia que parecía alcanzar a los países más avanzados. Se admiraba, pues, a ese socialismo que había vencido al fascismo, desterrado el hambre y potenciado la salud y la educación. Un contexto esperanzador donde continentes enteros se hallaban inmersos en luchas de liberación nacional y la Revolución podía verse casi al alcance de la mano.

Dentro de ese contexto, el triunfo en 1959 de la revolución cubana, supuso un enorme impulso para las luchas populares en América Latina al quedar en evidencia dos tesis muy difundidas en la izquierda. La primera, que Estados Unidos no toleraría una revolución socialista en su área estratégica. La segunda, que dada la sofisticación de los ejércitos, ya no era posible vencer a un ejército regular.

Así, el triunfo revolucionario cubano potenció las luchas populares empezándose a imitar sus métodos: la lucha guerrillera. Sin embargo, este transplante, la mayoría de las veces demasiado mecánico, supuso también errores. De cualquier forma, con todos sus éxitos y sus fracasos, el auge guerrillero fue otro de los hitos que marcó a la izquierda. Junto a esto, la aparición de la teología de la liberación significó para la izquierda marxista el descubrimiento de sectores, hasta entonces reputados como reaccionarios, en los que apoyarse y de los que nutrirse. De hecho, muchos de estos cristianos de base pasaron a engrosar las filas de la izquierda.

El triunfo de la Unidad Popular en Chile supuso otro de los hitos que marcaron a la izquierda latinoamericana. Un hecho, por otra parte, que agudizaría la polémica sobre los métodos de lucha. Si la revolución cubana había fortalecido las posiciones partidarias de la lucha armada, la victoria de Allende sirvió de argumento para los que defendían la vía pacífica.

La derrota de la Unidad Popular fue la confluencia de varios factores. En primer lugar, la actitud de la derecha cuyo objetivo fundamental fue provocar el fracaso económico del gobierno y la posterior intervención militar. Pero hay más. Para la autora, este tipo de tránsito “pacífico” del capitalismo al socialismo –usando los



recursos y posibilidades de poder dentro de una democracia representativa- no era un camino viable para realizar el proyecto socialista tal como se había aplicado hasta entonces en el mundo. Era necesario repensar el socialismo que se quería construir elaborando otro proyecto más adecuado a la realidad chilena.

La derrota popular en Chile va a iniciar un largo y negro periodo de dictaduras militares en el Sur. Fue durante ese periodo cuando se tomó conciencia de algo que no se había valorado antes: la importancia de los espacios democráticos en las democracias burguesas. Según señala Marta Harnecker, la izquierda latinoamericana comenzó a reflexionar sobre este hecho y a recuperar la bandera de la democracia, una bandera que había constituido un grave error dejar en manos de la derecha.

Veinte años después del triunfo de la revolución cubana se produjo la revolución sandinista. El contexto mundial era diferente y también lo fue, por tanto, esta revolución. El gobierno sandinista fue fundamentalmente pluralista, incluyó a dos sacerdotes en cargos ministeriales y aplicó un sistema de expropiación forzosa sólo para un sector determinado de la economía. Para la autora, y a pesar de todos sus errores, lo que esencialmente conduciría al fracaso de esta experiencia fue la sistemática acción de Estados Unidos que llevó a Nicaragua a una guerra civil, con intervención norteamericana, que desangró al país. Llegó un momento que no era posible soportar el peso de tantas muertes en contraposición a la falta de bienestar social. La situación mundial había cambiado y los sandinistas no tuvieron la ayuda soviética que Cuba sí utilizó para sacar al país del atraso.

La derrota sandinista se enmarca ya en el contexto de derrota del socialismo. Poco después se desintegra la Unión Soviética y el hecho golpea no sólo a la izquierda latinoamericana sino a la izquierda mundial, suponiendo para todos una grave situación de pérdida. No sólo cambia de forma drástica la correlación de fuerzas sino que se pierde un ejemplo práctico que, pese a sus limitaciones, siempre se pensaba que era mejor. De este hecho, de esta destrucción tan rápida, señala la autora, aún no se tiene en América Latina una reflexión coherente ni se han sacado las suficientes enseñanzas. Por otra parte, para ella, aunque la caída del socialismo coincide con la crisis de la izquierda, la situación no debe interpretarse de una manera determinista ya que esta crisis venía de tiempos anteriores.

La caída del socialismo, la crisis de la izquierda y el actual dominio mundial, mal que nos pese, de las fuerzas ultraconservadoras abren, de par en par, las puertas a la situación actual.

EL MUNDO DE HOY

La segunda parte del libro, *El mundo de hoy*, va referida al mundo que nos toca vivir. Un mundo completamente diferente a la época en que triunfa la revolución cubana, y no sólo por la correlación de fuerzas a nivel mundial sino porque han sucedido hechos objetivos que cambian la forma en que se desenvuelve la sociedad. El principal de estos hechos es, sin duda, la revolución tecnológica de la información que está produciendo efectos a nivel del proceso productivo.

Para Marta Harnecker la clase obrera de hoy es muy diferente a la clase obrera de la época de la revolución cubana. En aquel momento aún existían las grandes concentraciones obreras, existían los barrios obreros, la identidad obrera. Hoy, nuestra clase está cada vez más fragmentada, cada vez más destaca un sector beneficiario de la revolución informática y otro que se ve excluido del proceso, cada vez más existen más subcontratados, especialmente en el Tercer Mundo, para que los contratados constituyan el sector privilegiado.



En esta parte se aborda, pues, el análisis de esta revolución tecnológica, los cambios en el proceso de producción y el proceso de globalización en que estamos inmersos. A este respecto se pasa revista a las distintas posiciones sobre la globalización. Así, un sector de economistas sostiene que es un mito, que el capital ha tenido siempre una vocación internacional y que, por tanto, no hay nada nuevo en este proceso. Otro sector, en cambio, aceptando que el capital tiene una vocación internacional y que es evidente que desde el comienzo del capitalismo se ha ido produciendo un proceso de internacionalización, sostiene que se ha producido un salto cualitativo que marca una etapa. La etapa actual de este proceso se llamaría globalización o mundialización.

Marta Harnecker se decanta por entender la globalización como un proceso nuevo de la internacionalización del capital, caracterizado por dos cambios cualitativos, producto de la revolución de la información. El primero es que hoy, y nunca antes, el capital puede operar en tiempo real. Es decir, hoy las operaciones financieras se producen, a nivel mundial, en tiempo real. El segundo es que la división del proceso de trabajo sólo puede hacerse a partir de la revolución de la información y la precisión que ofrecen los nuevos sistemas para que las diversas piezas del producto total puedan engarzarse aunque se produzcan en distintos países. Este sistema de globalización es la forma que ha adoptado el capitalismo hoy. Una forma, por otra parte, individualista, competitiva y no solidaria.

Lo que a continuación la autora nos propone no es el rechazo a ese proceso, sino a la forma en que estos avances han sido empleados para lograr una mayor acumulación de capital conllevando un individualismo creciente, una polarización creciente del mundo. Y no sólo entre países avanzados y atrasados sino, incluso en el Primer Mundo, entre los sectores que tienen la posibilidad de incluirse en el proceso de la revolución informática y aquellos otros que quedan excluidos del mismo. ¿Qué debe hacer la izquierda ante estos hechos? Indudablemente, reconocer las nuevas oportunidades producidas por los actuales avances tecnológicos y, a partir de ahí, elaborar un proyecto humanista y solidario. En otras palabras, la izquierda no debe rechazar la globalización sino la forma individualista y neoliberal con que hoy se presenta.

En relación al proyecto neoliberal se señala cómo éste, a parte de ser un proyecto económico, lo es también social, político e ideológico. Como proyecto social usa la estrategia de la fragmentación buscando la división de la clase obrera. Busca crear ideológicamente una conciencia que haga pensar que no existe otra alternativa, que el socialismo cayó y esa es la mejor demostración de que sólo sirve el capitalismo. Para la derecha la creación de un espacio alternativo y la articulación de los diversos grupos antisistema es el gran peligro a evitar. Para ella, el problema no es que existan muchos sectores antisistema, sino que estos se articulen. Ante esta situación la izquierda no acaba de dar una respuesta coherente, poniendo muchas veces por encima más lo que separa que lo que une a estos grupos.

En el aspecto político Marta Harnecker señala las limitaciones de la democracia en el actual sistema europeo y, sobre todo, en las democracias post-dictatoriales de América Latina. Para ella, el retorno democrático no fue un regreso a la democracia liberal de antes. Hoy día, existe una serie importante de decisiones que ya no las toman los representantes electos, las toma el Banco Central o el Ejército, poderes que no están controlados por el Parlamento.

Pero no sólo el Estado se debilita. Existen otros elementos desmovilizadores del ciudadano que permiten el sostenimiento de estas sociedades sin que se produzcan explosiones. Un mecanismo fundamental es el crédito. ¿Qué posibilidades de lucha y de independencia tiene un trabajador en peligro de perder su puesto de trabajo y además



endeudado? Junto a esto, la autora plantea los grandes problemas producidos por el neoliberalismo: la polarización global creciente, la situación ecológica y la homogeneización cultural.

En relación a la parte ideológica, Marta Harnecker plantea que, si bien es cierto que el neoliberalismo tiene una influencia enorme, ya se está planteando la peligrosidad del mercado y su control. La conclusión es obvia: si el propio neoliberalismo está admitiendo el control sobre el mercado, es que existe ya un embrión de crisis ideológica. Una crisis que, además de estructural, muchos piensan que final. A este respecto hay que recordar que desde hace mucho tiempo se viene hablando de crisis final del capitalismo sin que ésta se produzca, por lo que hay que ser cautos al bajar esta posibilidad.

LA SITUACIÓN DE LA IZQUIERDA

En este nuevo mundo, con esta relación de fuerzas tan negativa, ¿cuál es la situación de la izquierda? La tercera y última parte del libro analiza en profundidad la cuestión. Para la autora, la izquierda se encuentra en una triple crisis: una crisis teórica, programática y orgánica. Una crisis teórica que se debe a varios factores. Por un lado, la izquierda marxista-leninista trasladó a la realidad latinoamericana esquemas foráneos. Se discutía, no en función de las diversas realidades nacionales, sino en función de las diferentes posiciones ideológicas: maoísmo, troskismo... No existía una elaboración teórica propia desde el punto de vista global y político.

Asimismo, también se carece de una crítica del capitalismo que permita sacar enseñanzas para la elaboración de un proyecto alternativo. No se ha hecho, hoy, una crítica como la que Marx hizo del capitalismo de su época. Es claro que no se le puede pedir a Marx que explique la revolución informática ni el concepto actual de clase obrera ni el de plusvalía. Eso nos corresponde a nosotros y es un desafío que tenemos los marxistas.

La crisis teórica incide en la programática. ¿Cómo vamos a construir una alternativa coherente, después de la caída del socialismo, si carecemos de una crítica profunda del actual sistema capitalista? Porque, para un marxista, la sociedad futura surge de las contradicciones, de las potencialidades de la actual sociedad. Así, frente a esa realidad que no analizamos -triumfo neoliberal, falta de alternativas- nace la política de adaptación al neoliberalismo: la izquierda de la realpolitik. Sin embargo, para la autora, el concepto de política no puede ser el del arte de lo posible. La izquierda debe entender la política como la capacidad de transformar lo que aparece como imposible hoy, en algo posible mañana. Para ello deberá elaborar una estrategia que le permita acumular fuerzas para hacer posible ese cambio.

Concebir la política como construcción de fuerzas sociales es cambiar la visión tradicional que hemos tenido de ella. Para la izquierda, la política se centraba en el trabajo sobre los aparatos institucionales, en la conquista de puestos en el Estado, en los partidos políticos. La concepción de la política como construcción de fuerzas sociales implica que el partido debe ser un instrumento para crear fuerza social, y si no puede hacerlo, no sirve como instrumento. Pero, también hay que tener presente que no se puede construir fuerza social sin un partido político.

Para Marta Harnecker, hoy, se asiste a una gran indiferencia con respecto a la política y eso sólo favorece a la derecha. Se requiere, pues, un instrumento que elabore –no desde arriba como antes, sino en contacto con la gente- un proyecto que permita articular a los diferentes grupos contrarios al sistema sin tener, por necesidad, que integrarlos en el partido. La hegemonía de este instrumento ha de estar basada en que



todos se sientan identificados con el proyecto, que la gente se incorpore a él y no al partido, y de aceptar que existan sectores independientes integrados en el proyecto global.

Marta Harnecker advierte una creciente sensibilidad de izquierda en la sociedad y, sin embargo, cada vez hay menos militancia política. En ese sentido, se pregunta si no será porque en nuestros instrumentos políticos no hemos sido capaces de crear nuevas formas de militancia que permita a aquellos que no les gusta el sistema y quieren trabajar por cambiarlo, integrarse en un proyecto sin que eso suponga un tiempo total de entrega. A este respecto, se debe tener claro y aceptar que puede haber diversos grados de militancia.

El libro termina con la referencia al papel que los gobiernos locales han representado para la izquierda en Latinoamérica. Un papel esencial de acumulación de fuerzas porque en un momento de gran escepticismo en la política y en los políticos, han demostrado, en la práctica, que se puede hacer una política diferente, que se puede gobernar una sociedad con transparencia y sin corrupción, que se puede gobernar invirtiendo las prioridades y favoreciendo a los sectores más olvidados.

Estos gobiernos locales, para la autora, han delegado poder en los grupos sociales, los han hecho participar en la toma de decisiones creando un sujeto democrático sin el cual jamás podría construirse el socialismo porque éste –que es la democracia más amplia- no puede ser decretado por un grupo que toma el poder. La democracia, pues, se construye en la práctica y si no construimos acciones democráticas, proyectos democráticos, no vamos a poder realizar ese tipo de sociedad por la que luchamos. ■